

miten observar las demás funciones biológicas. Todos sus métodos particulares son de observación: introspectiva y extrospectiva, directa y experimental, sensorial e instrumental. Su eficacia depende, en primer término, de las aptitudes personales del psicólogo, variables en cada caso, desde la mediocridad hasta el genio.

La observación extrospectiva es el único método que puede extenderse a todas las formas de evolución de las funciones psíquicas. La observación introspectiva nos permite conocer una pequeña parte de las funciones psíquicas en la evolución individual. La observación experimental, previamente condicionada, no puede aplicarse sino a un número reducido de procesos psíquicos elementales de los individuos; en menor escala podemos ensayarla en otras especies animales y algunas veces en psicología social.

La observación extrospectiva es fundamental; la introspección y la experimentación son sus valiosos auxiliares.

Cap. X.—La psicología biológica.

I. Definición de la psicología como ciencia natural.—II. Experimentalismo y paralelismo: el «Wundtismo».—III. Intuicionismo y pragmatismo: el «Bergsonismo».—IV. Posición de la psicología biológica en la Filosofía científica.—Conclusiones.

I.—DEFINICIÓN DE LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA NATURAL

La concepción definitiva que nos formamos de la psicología corresponde—conviene afirmarlo explícitamente—a una manera general de concebir los problemas filosóficos.

Entendemos que la filosofía científica conduce a un naturalismo empírico o realismo naturalista: a una *concepción del mundo fundada en las ciencias naturales* (1).

(1) Este volumen es una *introducción al estudio de la psicología* y no un *tratado de filosofía*. Al enunciar nuestra posición frente á ciertos problemas filosóficos, que exceden los dominios de la psicología, sólo queremos evidenciar que las conclusiones particulares corresponden a un sistema general de «Filosofía científica», que no podemos exponer aquí. Sus antecedentes podrían remontarse a Bacon, Locke y Spencer, en Inglaterra; a Comte y Taine, en Francia; a Brano y Ardigó, en Italia, para acercarse a la

Las ciencias que estudian al hombre, individual o colectivamente, es decir, las ciencias «morales» y «sociales», tienen que constituirse con el mismo carácter que las demás. La distinción que aun mantienen muchos filósofos entre *ciencias de la naturaleza* (*Naturwissenschaft*) y *ciencias del espíritu* (*Kulturwissenschaft*), solamente podría mantenerse admitiendo que el «espíritu» humano es una entidad ajena a la «naturaleza».

Cuanto hemos expuesto en los capítulos anteriores, converge a demostrar que todas las funciones psíquicas son naturales y no sobrenaturales: son funciones biológicas. El hombre las observa en sí mismo y en otros individuos de su especie, en grado variable con su evolución sociogenética y ontogenética; también las observa en individuos de otras especies vivientes, en grado proporcional a su jerarquía filogenética. La formación natural de estas funciones es un resultado natural de la evolución biológica: sirven para adaptar reacciones de los seres vivos a las excitaciones de los diversos ambientes en que evolucionan. El estudio de esas funciones constituye el objeto de una rama particular de las ciencias biológicas, que podemos definir en términos precisos: la psicología es una ciencia natural que estudia las funciones psíquicas de los organismos vivientes.

Los tratadistas afirman que a la psicología incumbe

actual corriente empírico—naturalista de Alemania, representada, de muy diversas maneras, por Mach, Dühring, Haeckel y Ostwald.

Basta reflexionar sobre su heterogeneidad, dentro de cierta unidad de orientación, para comprender que no es posible coincidir con todos ellos; la refundición de sus doctrinas no produciría un sistema, sino un caos. Parécenos que el nuevo «realismo naturalista», después de esbozarse en Ardigó y Mach, desde puntos de vista diversos, comienza a definirse en Ostwald. Necesita ser completado.

estudiar las manifestaciones de la «conciencia» o de la «actividad psíquica consciente». Mencionaremos cinco opiniones igualmente autorizadas y de heterogénea filiación filosófica. James concibe la psicología como un cuerpo provisorio de verdades relativas «a los estados de conciencia y a los conocimientos que ellos tienen el privilegio de darnos» (1). La más reciente definición dada por Ribot, dice que «la psicología tiene por objeto el estudio científico de los hechos de conciencia» (2). Ardigó dice que «un acto psíquico es un acto consciente; ningún acto que no sea consciente, puede decirse que sea un acto psíquico» (3). Wundt enseña que, prescindiendo de las hipótesis fisiológicas y paralelistas, «la materia de la psicología, como ciencia empírica, ...hay que inferirla de los hechos... y estos hechos son los de la conciencia humana» (4). Höffding, por fin, concibe algunas veces el «alma» como la síntesis de todas las funciones mentales y otras como una entidad real y substantiva, limitando la materia de la psicología al estudio de los aspectos conscientes del alma: la «mens» como parte del «anima» (5). Los cinco autores se han encargado de contradecir sus propias definiciones, estudiando funciones psíquicas inconscientes. Se explica: han trasuntado, en las propias, las antiguas definiciones que consideraban a la psicología como la ciencia del «alma» en oposición al «cuerpo»; ese dualismo radical se refleja en la separación que aun se pretende mantener entre las «fun-

(1) James: *The principles of Psychology; Psychology: Briefer Course* (Passim).

(2) Ribot: En *De la méthode dans les sciences* (Première série: Psychologie).

(3) Ardigó: *Il pensiero e la cosa* (Opere filosofiche, vol. VIII); volumen V, pág. 56; etc.

(4) Wundt: *Enleitung in die Philosophie*. Parte I, cap. II, § 6, 10.

(5) Höffding: *Esquisse d'une psychologie fondée sur l'expérience* (Passim).

ciones psíquicas conscientes» y las otras «funciones biológicas o fisiológicas» de los seres vivos.

Y eso es inexacto. Las funciones psíquicas (en general), abarcan un área mucho más vasta que las conscientes (en particular); una gran parte de aquéllas puede y suele desempeñarse fuera de los «estados de conciencia», y éstos sólo comprenden una parte mínima de los fenómenos que desempeñan funciones adaptativas en el curso de la evolución biológica.

Además de no restringir las funciones psíquicas a la «conciencia», nuestra definición no las limita a la especie humana. A la inversa de lo que el racionalismo cartesiano creía respecto del «alma», hoy no podemos considerar esas funciones como un patrimonio exclusivo del hombre; ellas se constituyen desde las manifestaciones elementales de la vida y se elaboran progresivamente a través de la evolución de las especies. Por eso, la psicología no debe limitarse a estudiarlas en el hombre; aunque las de nuestra especie animal nos interesan más que las de otras, sólo podemos considerarlas como una expresión compleja de las observadas en las demás especies biológicas. Tal complejidad es un resultado de las transformaciones morfogénicas y fisiogénicas de los seres vivos en su evolución adaptativa a las condiciones del medio.

Encaradas las funciones psíquicas como simples fenómenos naturales, como un aspecto particular de la realidad viviente sometida a nuestra experiencia, la ciencia que a ellos se refiere puede constituirse en condiciones semejantes a las demás ciencias, emancipándose de todas las doctrinas, dogmas e hipótesis incompatibles con el concepto de su formación continua y natural. Es una «psicología sin alma», como dijeron Lange y Lewes, o una «historia genética de las almas biológicas», como escribió Haeckel; esas dos expresiones, aparentemente contradictorias, quieren decir lo mismo.

Pero son imprecisas. Evitaremos muchos equívocos diciendo, simplemente, que la psicología biológica es una «historia natural de las funciones psíquicas» (1).

A pesar de los fecundos esfuerzos realizados para aproximar la actividad biológica y la actividad psicológica, y no obstante la eficacia con que se han aplicado a los fenómenos psicológicos las nociones de evolución, selección y adaptación, existen filósofos que siguen estudiando el «espíritu humano» como un mundo aparte, cuyas manifestaciones escapan al resto de los hechos naturales.

Esos pasatiempos especulativos no tienen relación alguna con nuestra manera de estudiar las funciones psíquicas. La psicología ignora la existencia del «alma», tal como la entendían los racionalistas y espiritualistas: la fuerza inmaterial e inextensa cuyas misteriosas oscilaciones se traducían por hechos de conciencia. Nada permite suponer que el «alma racional» es una entidad constituída fuera de las condiciones biológicas en que los fenómenos psíquicos se manifiestan: ni podemos admitir que ella es patrimonio exclusivo del «hombre blanco, adulto y civilizado», según el antiguo filósofo que pretendía asimilar los bárbaros, la mujer y los niños «a los otros animales» que reputaba desprovistos de alma. La explicación ofrecida por el animismo, para resolver la diferencia entre los fenómenos de la materia y los del espíritu, es inútil para la investigación científica. Es una hipótesis ajena a todos los datos de la experiencia, y no busca en ella las pruebas de que exista esa entidad espiritual, resolviéndose en una falsa petición de principios; excede los límites de los conoci-

(1) Tal actitud no implica desconocer que la hipótesis espiritualista de un «alma» inmaterial, inextensa, indeterminada e inmortal, seguirá siendo durante muchos siglos una de las creencias más difundidas.

mientos naturales, y es ilusoria además, pues se limita a eludir la solución del problema mismo que la psicología pretende solucionar. La hipótesis del alma espiritual y razonante es un simple desarrollo dialéctico del antropomorfismo primitivo, es decir, del animismo primordial constituido por creencias ajenas a toda experiencia, aunque reforzado por elementos afectivos que perduran y lo transforman continuamente.

En ese terreno la psicología biológica diverge substancialmente de la antigua psicología escolástica; mientras la primera busca las condiciones reales del funcionamiento psíquico en la evolución de los seres vivos, la segunda relega el problema al terreno de la creencia intuitiva. El procedimiento de atribuir al alma espiritual y razonante todas nuestras funciones psíquicas conscientes, determinó la aparición del «racionalismo» o sistema de explicar todo lo incomprensible mediante la fuerza misteriosa de la razón. En diversas épocas, los empiristas de todas las escuelas (sensualistas, materialistas, asociacionistas, naturalistas y fenomenistas), se han opuesto a las afirmaciones del racionalismo, viendo en el espíritu un reflejo de la Realidad y no una fuerza capaz de penetrar íntimamente la Realidad misma. Es el conflicto renovado ahora, en forma explícita, por algunos pragmatistas, desde puntos de vista muy diferentes.

Cualquier hipótesis *à priori* es nociva para observar e interpretar los fenómenos con que esas funciones se nos manifiestan; las conclusiones más generales de la experiencia permiten definir *à posteriori* algunas de sus leyes e inferir ciertas hipótesis legítimas. La psicología biológica no encuentra en su camino el espiritualismo clásico, enmarañado por las distintas «facultades» preconstituídas en el alma; ni las teorías escolásticas restauradas de hecho por el racionalismo cartesiano; ni las psicologías analíticas que concebían la mente humana

como un agregado de elementos psíquicos dotados de existencia autónoma; ni el asociacionismo empírico que hacía de las funciones psíquicas un conglomerado estático; ni siquiera las reservas dualistas implicadas en la actitud provisoria del paralelismo psicofísico.

La filosofía naturalista, poniendo la experiencia como base para toda interpretación hipotética de la Realidad, marca otros rumbos a la psicología. El pensamiento filosófico tórnase cada vez menos discursivo; ya no es una elaboración abstracta de la inteligencia, sino un producto natural de la realidad que nuestra experiencia va conociendo incesantemente. La historia de la filosofía estudia los errores enunciados por los filósofos para explicar los grandes problemas que la realidad les plantea en su tiempo. El genio de los creadores griegos nos admira por su potencia imaginativa, pero la exigüidad de su experiencia nos impide adherir a sus hipótesis. Protágoras, Sócrates, Platón y Epicuro son simples casos para el estudio de la más alta función psíquica: la imaginación creadora. Ellos fueron relámpagos en épocas de forzosa penumbra; forzosa, porque el conocimiento es una función social que el hombre de genio sintetiza o previene, pero no crea de la nada. Y así también, Bacon, Leibnitz, Spinoza, Descartes, Locke, Helvetius, Hume, Condillac, Mill, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, cumbres del pensamiento filosófico, son puntos de orientación en la historia de las hipótesis; sus construcciones siguen el método estético o dialéctico; son artistas: sus poemas filosóficos, son tan admirables como la *Iliada*, la *Divina Comedia* o el *Quijote*. Pero sus doctrinas, de inmenso valor para la historia de la filosofía, poco sirven a la ciencia particular que estudia la formación natural de las funciones psíquicas; parten de alguna hipótesis anterior a la experiencia: el alma, la sensación, el átomo, la voluntad, la intuición, la razón, el bien, la idea, el instinto, la representación,

las imágenes, las facultades, etc., erigidas en entidades transcendentales, finalistas, dinámicas, etc. La psicología biológica se aparta de esas corrientes; en vez de interpretarlas como expresiones tangibles de una entidad intangible, o como una suma o combinación de elementos que preexisten por separado, concibe las funciones psíquicas como una *formación continua*, partiendo de los fenómenos elementales de irritabilidad de la materia viva, para llegar a las más complicadas permutas energéticas entre el organismo vivo y su medio, manifestadas en complejimas formas de sensibilidad y de movimiento. Estas afirmaciones elementales de la psicología biológica evolucionista han sido implícitamente aceptadas, y expuestas en términos elocuentes (1), por algunos psicólogos que no aceptan sus naturales consecuencias filosóficas.

Esos breves postulados, cuyo análisis excedería los límites de esta introducción a la psicología biológica, permiten definir el criterio que puede servir de guía en el estudio de las funciones psíquicas. Sería estéril cruzar tan oscuros dominios sin llevar una clara noción de los caminos mejor trazados a través de su tupida maleza. Verdad es que osaríamos demasiado si pretendiéramos determinar en líneas precisas su vía maestra definitiva.

Sin la engañosa ilusión de que la tarea sea fácil, es necesario acometerla por los caminos menos inseguros. Es preferible reconocer que muchas cuestiones no pueden aclararse todavía, sin necesidad de aceptar explicaciones dialécticas que no implican una interpretación de hechos reales. Las hipótesis que aclaran poco y bien, son preferibles a las que confunden mucho y mal.

La tarea de los psicólogos es ardua. Pero sus dificult-

(1) «El devenir del impulso vital», de Bergson; «la corriente de la conciencia» de James, etc.

tades han disminuído en los últimos lustros, gracias al prodigioso desenvolvimiento de métodos que perfeccionan la observación humana y con el auxilio poderoso de las ciencias afines, reconstituídas al calor del evolucionismo determinista.

El «pensamiento» ya no es el misterioso atributo de entidades ajenas a nuestra experiencia. Todo nos lleva a concebir la «función de pensar» como un aspecto particular de las complejas funciones necesarias para vivir. El concepto de un mundo creado para que el hombre lo piense, es tan absurdo como el de un pensamiento creado para dar existencia real al mundo. Pensamos con todo el organismo, pero el cerebro es el sistema orgánico destinado a reunir las impresiones de la realidad que actúa sobre nuestra sensibilidad, a conservarlas, reproducirlas, asociarlas, abstraerlas, sintetizarlas, entre el continuo flujo y reflujo de todos los procesos biológicos. Es así como las funciones psíquicas reflejan y resumen el medio ambiente en que el organismo vivo se desarrolla; así registran su historia. Como se ejercen mediante órganos, podemos investigar en ellos las condiciones anatómico-fisiológicas que permiten su elaboración y las íntimas combinaciones físico-químicas que las acompañan.

Esta interpretación de los fenómenos psicológicos, como una modalidad de los biológicos, es la conclusión más general de la psicología contemporánea. Tal criterio y tales métodos tienden a predominar en todos los tratadistas, sin distinción de escuela; los partidarios del neoidealismo los aceptan y repiten en sus capítulos de psicología, no obstante las reservas o las ulterioridades metafísicas que singularizan sus teorías filosóficas.

II.—EXPERIMENTALISMO Y PARALELISMO: «EL WUNDTISMO»

Una de las corrientes del empirismo incurrió en los errores que le interesaba desvirtuar, complicándose en una actitud de conciliación provisoria, conocida con el nombre de «paralelismo psicofísico».

Frente a Descartes, que creyó poder demostrar que existe entre el alma y el cuerpo una oposición semejante a la que existe entre el pensamiento y la extensión, Leibnitz trató de establecer un acuerdo entre los dos mundos opuestos; de allí nació su concepción de la armonía preestablecida. Admitió Leibnitz que el alma y el cuerpo fueran dos dominios distintos; si pudiéramos—según él—entrar «como en un molino» en un cerebro durante el trabajo de pensar, observándolo en plena tarea, no percibiríamos más que átomos en movimiento y ningún rastro de las ideas que se forman en el cerebro. No existe, pues, en su sentir, ningún puente que una ambos dominios, rechazando por incomprensible la fantástica suposición cartesiana que los hacía unirse por un punto del cerebro, la glándula pineal, órgano común del alma y del cuerpo; admitió, en cambio, que, por un acto del Creador, ambos dominios se encontraban desde su origen ligados de tal manera, que determinados «movimientos del cuerpo» correspondían exactamente—en el tiempo y el espacio—a ciertos «fenómenos del alma». Para simplificar su concepción imaginó dos relojes regulados desde su origen, de modo que siempre indicasen la misma hora, sin que el uno, sin embargo, pudiese influir sobre el otro de ninguna manera. Esta bonita comparación es el punto de partida del paralelismo, aunque ha sido convenientemente modificada

para conciliarla con algunas conclusiones evidentes de la psicología biológica. Fechner emitió el parecer de que, en el fondo, los dos relojes no son más que uno; el dominio del alma y el de la materia sólo difieren entre sí, como el lado cóncavo y el lado convexo de un círculo, representando la misma cosa, vista desde dos aspectos diferentes. Pero esa idea, que a primera vista parece resolver el problema, choca con la imposibilidad de mostrar cómo el hombre puede encontrarse a la vez en esos dos puntos de vista. Otras tentativas de ese género han fracasado, resolviéndose en nuevas expresiones verbales de la «armonía preestablecida» de Leibnitz, aunque se haya recurrido a la equívoca designación de *paralelismo psicofísico*. Para éste los fenómenos del espíritu serían paralelos a los fenómenos de la materia, y ambos expresarían en lenguaje diferente un mismo hecho: espíritu y materia serían «dos traducciones recíprocas del mismo texto». Esta peregrina explicación verbal de un problema que los paralelistas no se atreven a plantear y procuran eludir, encontró adeptos entre los psicólogos ocupados del trabajo minucioso y paciente de los laboratorios. Sus creencias filosóficas, si las tenían, quedaron a cubierto. «Para los idealistas, el texto primitivo es el espíritu; para los materialistas, sería la materia; para los espiritualistas-dualistas, ambos serían primitivos; para los monistas, serían manifestaciones simultáneas de la energía, cuya esencia escapa actualmente a nuestra observación». Estas frases, repetidas por muchos psicólogos, muestran la utilidad práctica que pudo tener el paralelismo como hipótesis de trabajo durante los comienzos de la psicofísica y de la psicofisiología; él ha permitido el acercamiento provisorio de muchos espiritualistas, racionalistas y neomísticos de toda especie, que no habrían aceptado ciertos métodos si ellos hubiesen implicado una deserción de sus prejuicios religiosos o filosóficos.

El equívoco paralelista fue fomentado en todos los países por experimentadores que se circunscribieron a determinar las condiciones fisiológicas de ciertos actos psíquicos elementales; fue una manera práctica de establecer un acuerdo en la técnica experimental, eludiendo tomar una posición filosófica determinada.

Y es singular este hecho: en cierto momento se habló de *psicología experimental* y de *psicología fisiológica*, como si se tratara de dos nuevos conceptos de nuestra ciencia, cuando solamente se afirmaba la ventaja de aplicar ciertos métodos parciales al estudio de algunos fenómenos psíquicos. Su examen corresponde a la metodología; carece de valor general, no es una hipótesis filosófica.

Los «paralelistas», por favorecer la adopción de un método en que cifraron esperanzas excesivas, han resultado nocivos a la formación de doctrinas generales, verdaderamente filosóficas. Con frecuencia su teoría se resuelve en un embozado dualismo, aunque sus demostraciones convergen a lo contrario. Baste citar a Wundt, quien da a la hipótesis esta expresión: «El principio del paralelismo psicofísico, en la significación empírico-fisiológica que indudablemente le corresponde, conduce también por fuerza a reconocer una *causalidad independiente*. Esta presenta, en todos casos, sin duda, relaciones con la causalidad fisiológica y nunca puede estar en contradicción con ella; pero tiene que diferir tanto de ella, cuanto el punto de vista de la experiencia inmediata subjetiva, propio de la psicología, difiere del de la experiencia mediata, objetiva por abstracción, propio de las ciencias naturales» (1). Esta definición no difiere de la que podía dar la clásica psicología espiritualista; el uso de aparatos complicados y el empleo de términos técni-

(1) Wundt: «Grundriss der Psychologie», par. V (§ 22) par. X.

cos no basta para disimular el carácter dualista de la doctrina (1).

Como actitud provisora el paralelismo fue útil en cierto momento; hoy podemos abandonarlo definitivamente, por ser un compromiso ya innecesario entre concepciones filosóficas irremisiblemente contradictorias. Lo mismo que el racionalismo y el asociacionismo, pertenece a la historia de las doctrinas psicológicas; ello no implica desconocer que su lenguaje todavía puede servir para expresar algunas correlaciones biopsíquicas. La psicología genética no ha fijado todavía con exactitud su nueva nomenclatura; muchos fenómenos son difíciles de explicar en términos del lenguaje biológico, aun incompleto.

(1) Conviene señalar que la influencia de Wundt sobre la psicología, se ha ejercido por las orientaciones metodológicas de sus primeros trabajos: «Vorlesungen über die menschen und Tierseele», «Physiologische Psychologie», «Grundriss der Psychologie» y los primeros años de sus «Philosophische Studien». Los mayores méritos de su obra filosófica, representada por la «Logik», la «Ethik», el «System der Philosophie» y la «Enleitung in die Philosophie», así como sus magníficos cinco volúmenes de «Volkerpsychologie», no han influido para nada sobre los experimentadores de laboratorio que representan el «wundtismo».

En el «System» y la «Enleitung», Wundt define la filosofía científica y la metafísica en forma bastante aproximada a la de nuestro primer capítulo. En ambos libros, en cambio, mantiene la división en «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu», con lo que su filosofía científica se aparta radicalmente del naturalismo realista.

Verdad es que la posición de Wundt en la filosofía es muy difícil de clasificar, aun para sus mejores discípulos. Uno de ellos, Eloy Luis André, en su estudio sobre la «Filosofía científica de Wundt», lo hace en los términos siguientes: «Wundt llega a sus ideas ontológicas por una doble inducción lograda en la esfera de las cosmológicas y psicológicas. Las ideas psicológicas le sirven de base para su voluntarismo y la correlación o paralelismo entre los procesos psíquicos y físicos en el hombre para llegar a un monismo realista inmanente, o a un idealismo realista». (Introducción a la traducción española de la «Enleitung», pág. LXXII).

III.—INTUICIONISMO Y PRAGMATISMO:
EL «BERGSONISMO»

Los que esperaban de la psicofísica más de lo que ella podía dar, han visto con simpatía el resurgimiento de la introspección bajo formas nuevas. También en la psicología ha tenido eco la «bancarota de la ciencia» proclamada por Brunetière. Puesto que la ciencia, confundida para el caso con los cultores de los métodos científicos, no se apresuró a descubrir en pocos años todos los misterios que la especulación había sondado en vano durante muchos siglos, pareció más cómodo y expeditivo renunciar a su labor penosa e interminable.

El neoidealismo no podía prescindir de algunos hechos sin incurrir en la imputación de ignorancia. En primer lugar, el concepto de evolución; en segundo, las bases biológicas de toda actividad psíquica; en tercero, la correlación entre las funciones psíquicas y los órganos nerviosos que los condicionan; en cuarto, la concepción de la personalidad consciente como una formación continua y evolutiva, etc. Esos datos fundamentales de la psicología biológica están incorporados al neoidealismo; constituyen la parte positiva de sus doctrinas psicológicas, mientras la negativa está representada por las hipótesis con que explican los problemas filosóficos planteados fuera de la experiencia actual o posible. «I nostri oppositori vollero con quell'idealismo Moderno, che intendono di rappresentare, sostituirsi alla incapacità del positivismo (1); e invece, se dicono

(1) Sabido es que Ardigó llama «positivismo» a su «naturalismo empírico»; su filosofía señala una etapa fundamental entre los sistemas de Spencer y Ostwald.

bene, non dicono se non ciò che questo aveva già detto: e per giunta, dove trascurano ciò che il positivismo aveva già insegnato, fanno indietreggiare la scienza da quello onde il positivismo l'aveva fatto progredire» (página 342). Sus críticas a la filosofía científica consisten en atribuirle lo contrario de lo que demuestra, lo que es fácilmente creído por lectores ignorantes de lo criticado: «i suoi rimarchi.... sono falsamente asseriti, o sono solo erroneità del loro sistema; questo soltanto è solido in quelle parti prese in prestito alla filosofia scientifica, vano affatto in quelle parti nelle quali filosofarono per conto propio, credendo, per queste, ingenuamente, di doverlo sostituire e cantarne le esequie» (pág. 366) (1).

Entre esas corrientes filosóficas, florecidas durante los últimos años, algunas merecen mencionarse especialmente. La circunstancia de haberles prestado su adhesión dos filósofos tan leídos o escuchados como James y Bergson, hace que se consideren como nuevas doctrinas psicológicas algunas de sus ideas metafísicas, particularmente aplicables a la moral y a la lógica, pues se refieren substancialmente a la «teoría del conocimiento práctico» y a la «filosofía de la acción».

Esos autores apelan al «empirismo radical» y a la «intuición» para conocer la realidad por vías distintas de las seguidas por el «intelectualismo». Ya Plotino enseñaba a sus discípulos que mediante la intuición se pondrían en contacto último e inmediato con la esencia misma de las cosas y los seres, y fueron intuicionistas, a su modo, Schelling y Schopenhauer. El intuicionismo contemporáneo difiere de todos ellos en que acepta y glosa los datos de la biología, ignorados por aquéllos, sin renunciar al método intuitivo. En su lenguaje, carac-

(1) Ardigó: «Una pretesa pregiudiziale contro il positivismo» (*Opere filosofiche*, vol. X).

terístico por su imprecisión, el «intelectualismo» es un puro «racionalismo»; pero su error consiste en confundir o identificar los métodos de entrambos con los de la «filosofía científica», *que son su antítesis*. Su posición anti-intelectualista en nada difiere de la adoptada por la psicología biológica (1), que es empírico-naturalista, exactamente como la primitiva psicología de James.

El resurgimiento del método intuitivo ha concurrido a reforzar una reacción espiritualista; con él se ha intentado rehabilitar la antigua especulación acerca del alma y de la conciencia, independientemente de las disciplinas biológicas en que la psicología científica las asienta.

Nada más ilusorio. Si se los juzga desde el punto de vista de la psicología (prescindiendo de sus opiniones filosóficas sobre cuestiones ajenas a la experiencia y propias, por consiguiente, de la metafísica), James y Bergson coinciden en concebir la «vida» y la «conciencia» como un proceso continuo, en constante transformación, como una realidad que se va formando incesantemente. Esta concepción dinámica de la vida mental—que llama James «corriente de la conciencia» y que hace Bergson derivar de «la impulsión vital»—no es contradictoria con ningún dato de la psicología biológica a que se pretende oponerla; al contrario, se encuentra perfectamente, y James lo reconoce, dentro del concepto spenceriano que concibe la vida como un continuo trabajo de adaptación a las condiciones del medio, siendo precisamente su característica la variabilidad constante. En otros términos, *su concepción de la vida y de la psiquis es un simple corolario de la aplicación del evo-*

(1) Es frecuente ver complicadas con el «pragmatismo» intenciones morales, religiosas, sociales y aun políticas, que no son inherentes a él, no obstante atribuirsele accidentalmente por uno u otro autor.

lucionismo a la biología y a la psicología. James y Bergson han expresado en fórmulas novedosas un concepto admitido por todos los evolucionistas, complicándolo el primero con doctrinas morales que le son ajenas, y combinándolo el segundo con las afirmaciones más comunes del vitalismo.

Parecen escritas por Bergson las siguientes palabras que sintetizan uno de los aspectos de su tesis: «cedemos a la necesidad de mirar las impresiones y las ideas como formas o modos de alguna cosa que existe continuamente. Como, por ningún esfuerzo, nosotros no podemos dividir en dos la serie de las impresiones y de las ideas, estamos a cubierto de considerarlas como existencias separadas. Mientras que cada idea o impresión particular puede estar ausente, lo que reúne las impresiones y las ideas no está nunca ausente, y su presencia incesante impone o forma la noción de existencia continua o de realidad». Son palabras de Spencer, claramente escritas medio siglo antes de que Bergson las desarrollara en su metafórico estilo actual (1). Los filósofos de la acción podrían usar este lema: «Conocer implica alguna cosa sobre la que se actúa y alguna cosa que actúa», tomándolo al mismo Spencer (2). Y acerca de la relatividad de toda sensación o idea, según las condiciones especiales que la han precedido, y respecto de su influencia sobre las que la siguen, enseñó ha tiempo que: «La conexión entre la causa objetiva y su efecto subjetivo está condicionada de manera muy completa y muy variable.... Encontramos que cada serie de condiciones modifica la conexión entre la causa objetiva y el efecto subjetivo, de manera a determinar el carácter cualitativo del efecto. En otros términos, el mis-

(1) H. Spencer: *Principes de Psychologie* (2.^a edición), traducida por Ribot y Espinas; pág. 146 (vol. I).

(2) Idem, pág. 147.

mo efecto produce sensaciones muy diferentes según las circunstancias en que actúa» (1); advirtamos, en su descargo, que James se decía spenceriano mientras fue fisiólogo y psicólogo, no interesándonos aquí sus puntos de vista en el campo de la filosofía moral, que sólo han servido para enmarañar su valiosa obra psicológica.

Necesaria nos ha parecido la precedente explicación para dejar constancia de que la psicología biológica, considerada como una ciencia natural, no puede ser afectada por las heterogéneas especulaciones filosóficas agrupadas con el nombre de pragmatismo. Sus aplicaciones lógicas, morales y sociales son, sin duda, interesantes; pero no se relacionan directamente con la psicología: son hipótesis metafísicas y exceden a la experiencia. Su moraleja más importante sería que la ciencia debe seguir las necesidades de la actividad práctica: «La acción engendra la ciencia». Pero esto mismo afirma nuestra filosofía científica al postular que «el conocimiento es una formación natural en el curso de la experiencia». Lo que es más exacto, sin tener forma de moraleja.

Para nuestro objeto basta dejar establecido que las doctrinas filosóficas de James y de Bergson—a pesar de ellos o de sus partidarios—no contribuyen en manera alguna al resurgimiento del racionalismo especulativo o del animismo en psicología; su única conclusión *necesaria* sería afirmar la posibilidad o la ventaja de constituir esta ciencia natural fundándose en los datos de la experiencia inmediata, llámese a tal método «empirismo radical» o «experiencia pura». Este método—que se resuelve en la introspección (en psicología) o en la intuición (en filosofía), según los casos—es uno de los que la

(1) H. Spencer: *Principes de Psychologie* (2.^a edición), traducida por Ribot y Espinas; pág. 197 (vol. I).

psicología biológica aconseja emplear cuando sus resultados pueden ser útiles. Partiendo de premisas distintas, mirando desde un punto de vista diferente, en lo fundamental se mantienen dentro de la orientación señalada: consideran a los hechos psicológicos como manifestaciones de la materia viva en continua evolución. Convergen, queriéndolo o no, hacia la psicología biológica evolucionista, cuyos datos esenciales no pueden menos que aceptar.

Fuera de la psicología, en el campo de la metafísica pura, es donde el pragmatismo diverge de la filosofía científica y se aproxima al intuicionismo: cuando entra a ser una teoría del conocimiento y un principio de moral práctica, excediendo los límites de la experiencia. Allí el «bergsonismo» se presenta como una renovación del espiritualismo, lo mismo que en otro tiempo los ecléticos franceses; esa es su verdadera situación en la filosofía contemporánea (1).

(1) Todas las escuelas adversas al naturalismo empírico-realista gustan de llamarse «idealistas», aprovechándose de la significación *moral* de ese término en beneficio de sus concepciones filosóficas.

Hay que distinguir.

1.º En sentido filosófico, idealismo significa «ideologismo» o «ideísmo»; sistema que pone las *ideas* ante y sobre la realidad. Nace con Platón y alcanza su tipo perfecto en Hegel.

2.º En sentido psicológico significa «animismo espiritualista», consistiendo esencialmente en oponer el *alma* al cuerpo y el *espíritu* a la materia. Se precisa en la escolástica de Tomás de Aquino y cristaliza en Descartes.

3.º En sentido estético y moral significa «tendencia a la perfección» en la vida, poniendo los *ideales* como fin de todo esfuerzo para superar la realidad presente, pensando anticipadamente su devenir y orientándose conforme a él.

Hay un equívoco en llamar «idealistas» a los «ideologistas» y a los «espiritualistas», como lo establece el uso de los mismos filósofos. Habría ventajas en devolver sus verdaderos nombres a las doctrinas, llamando idealistas—en sentido *moral*—a los hom-

IV. — POSICIÓN DE LA PSICOLOGÍA BIOLÓGICA EN LA
FILOSOFÍA CIENTÍFICA

Si en nombres propios pudieran encarnarse dos tendencias y dos métodos, la fórmula actual de la psicología biológica sería: «Ni Wundt ni Bergson». Los exiguos progresos de la psicofísica, cuyos comienzos alimentaron demasiadas ilusiones en los que no advirtieron la forzosa limitación de su horizonte, han provocado el resurgimiento de la especulación espiritualista, más o menos encubierta en el neoidealismo. Al «wundtismo» quiere oponerse el «bergsonismo», sin advertir que ambas posiciones son falsas.

Frente a la estrechez filosófica de ciertos experimentalistas y a la imprecisa especulación de ciertos intuicionistas, afirmamos que *la psicología biológica debe estudiar la formación natural de las funciones psíquicas,*

bres que en su vida llegan a formarse ideales y adaptan a ellos su conducta.

El idealismo alemán es, generalmente, un ideologismo filosófico, lo mismo que el profesado por Bradley en Inglaterra. El de Eucken es un simple espiritualismo. El de algunos pragmatistas yanquis es un espiritualismo *sui generis*, lo mismo que el de los neoidealistas franceses, desde los ecléticos hasta Renouvier, Fouillée y Bergson. El de los escolásticos y neotomistas es un animismo más caracterizado. Aparte de ellos, se reclaman el título de idealistas muchos neokantianos y neohegelianos; Bergman se dice «idealista objetivo», Wundt «idealista realista», etc. En breve será imposible entender una historia de la filosofía si no se formulan con exactitud los problemas filosóficos y no se adopta una clasificación uniforme, fundada en las diversas soluciones posibles para cada problema bien planteado.

asentándose en la más vasta experiencia para construir las hipótesis filosóficas menos inseguras.

En esas condiciones no usurpará el nombre de ciencia natural y podrá ocupar su puesto en la filosofía científica, donde su «jerarquía» depende exclusivamente de la amplitud de su experiencia. El conocimiento de la realidad, no es la obra exclusiva de ningún método particular, y se sobrepone a todas las hipótesis transitorias que colaboran a su desenvolvimiento: dura más que cada una de ellas. Sea cual fuere la posición filosófica adoptada por los experimentalistas y los intuicionistas, la psicología se va constituyendo como una rama nacida en el tronco común de las ciencias biológicas: las funciones psíquicas son un aspecto de las funciones vitales. Al biólogo corresponde analizar las condiciones físico-químicas que determinan en la materia la adquisición de propiedades y funciones que constituyen la vida; al psicólogo, le incumbe examinar cómo se adquieren en el curso de la evolución las funciones psíquicas que adaptan continuamente los seres vivos a las condiciones del medio en que viven. Es tan legítimo explicar la «vida» en continuidad de la «materia», como explicar el «pensamiento» en continuidad de la «vida»: la *energética psíquica* es un aspecto de la *energética biológica*, como ésta lo es de la *energética físico-química*.

Las conclusiones generales de la psicología, es decir, las más filosóficas, tienen que asentarse en las conclusiones más generales de la biología. Como ciencia natural carece de finalidad transcendental; no se propone buscar las causas primeras de las funciones que estudia, ni su última esencia o substancia: en ningún momento necesita acudir a hipótesis transcendentales. Para consignar los datos adquiridos en los dominios de su experiencia particular usa el método propio de las ciencias naturales.

No obstante la importancia que le han atribuido los

hombres en todo tiempo, bajo la influencia inevitable del antropocentrismo, la psicología no permite muy vastas generalizaciones metafísicas en la filosofía científica. Las funciones psíquicas sólo existen en una parte limitada del universo; mientras se ignore la presencia de seres similares en otros cuerpos cósmicos, solamente podemos observarlas en ciertos organismos vivos que habitan nuestro planeta. La experiencia psicológica, y sus leyes actuales o posibles, se refieren, pues, a una parte insignificante de los fenómenos del universo y a una mínima porción de los que observamos en los seres vivos. A pesar del culto humano por la «razón», es muy estrecha el área de la realidad universal abarcada por la psicología; su horizonte es breve y su experiencia limitadísima. ¿Cómo podrían sus datos y sus leyes servir de base para una explicación metafísica del universo, siendo los fenómenos psicológicos la última y más complicada etapa en la serie de las manifestaciones de la energía? ¿No es evidente que la psicología es un capítulo, el más interesante para los hombres, si se quiere, pero un simple capítulo, de las ciencias biológicas?

En estas condiciones no es verosímil que la parte permita generalizaciones más vastas que el todo; la psicología ofrece una base menor que la biología para la elaboración de una metafísica del universo. Toda ciencia general ocupa una jerarquía filosófica más alta que las ciencias particulares subordinadas a ella; los postulados de la biología tienen una jerarquía filosófica superior a los de la botánica, la antropología o la sociología. En este sentido el rango de la psicología es inferior al de la biología «como ciencia filosófica», por ser menos vasta la experiencia de la parte que la del todo.

En cambio, la psicología, es una ciencia general respecto de otras disciplinas que eran sus iguales dentro de la filosofía clásica, y que pasan a ser ciencias particulares dentro de la filosofía científica. La ética, la lógi-

ca y la estética son tres vastos capítulos de la psicología genética. La una estudia la formación natural de las costumbres sociales y establece las normas de conducta individual, adaptadas al mudable concepto del Bien; la segunda estudia la formación natural del conocimiento y establece las normas que en el curso de la experiencia van aproximándonos a la Verdad; la tercera estudia la formación natural del sentimiento estético y establece el criterio para desentrañar en la realidad actual su perfección posible: la Belleza.

La limitación precisa del horizonte filosófico de la psicología no implica, en manera alguna, renunciar a sus problemas filosóficos particulares, sino plantearlos con exactitud. Su experiencia no puede cimentar una explicación total del universo; puede, en cambio, servir de base a una interpretación general de la función de pensar en todos los seres que piensan. Renunciar a ella no implica una severidad de método científico, sino un temperamento personal del psicólogo. Del experimentador analista puede repetirse lo que escribió Taine del erudito: «Un érudit est un maçon, un philosophe est un architecte; et quand l'architecte, sans nécessité absolue, au lieu d'inventer des méthodes de construction, s'amuse à tailler, non pas une pierre, mais cinquante, c'est que, sous l'habit d'un architecte, il a les goûts d'un maçon». La psicología, como todas las ciencias naturales, exige el concurso de la imaginación para formular sus hipótesis, sin las cuales la observación empírica no puede convertirse en científica, que vale decir organizada y sistemática. Sólo ellas permiten llegar al conocimiento de principios o leyes generales; pero deben fundarse en la experiencia y buscar en ella su confirmación. Es tan estéril repetir millones de experimentos sin descubrir sus leyes generales, como inventar hipótesis que los contradigan o prescindan de ellos.

Por eso la psicología biológica podrá hacer fructuo-

sa la tarea de muchos trabajadores estériles. Dará a los analistas un criterio general y un método; dará a los sintetizadores una base de experiencia cada vez más amplia. Los psicólogos, siguiendo las inclinaciones de su temperamento, tratarán su ramo del saber como observadores o como filósofos, sin que su orientación y su método varíen. Como observadores aumentarán y corregirán los datos de la experiencia, describiendo todas las manifestaciones de las funciones psíquicas en el curso de la evolución biológica. Como filósofos construirán sus hipótesis fundándose en esos datos de la experiencia, establecerán las leyes más generales de su formación natural, las relacionarán con las leyes de los demás dominios de la experiencia humana, concurriendo a encuadrarlas en una concepción unitaria de la realidad universal.

CONCLUSIONES

«La psicología es una ciencia natural que estudia las funciones psíquicas de los seres vivientes». Ese estudio no está restringido a las funciones conscientes, que son una parte de las psíquicas, ni a las humanas, que son una parte de su larga formación filogenética. Esas funciones son un resultado natural de la evolución biológica.

El paralelismo psicofísico no es una doctrina filosófica sino una actitud provisoria que ha permitido conciliar doctrinas contradictorias para la adopción de un método particular. El «wundtismo» es innecesario y nocivo en cuanto obsta a la formación de doctrinas generales definidas. La insuficiencia del experimentalismo no implica una insuficiencia de los métodos científicos,

de los cuales sólo representa un aspecto, y no el más importante dentro del método genético.

El neoidealismo ha restaurado el antiguo espiritualismo, adoptando los datos fundamentales de la psicología biológica, sin aceptar sus hipótesis. El «bergsonismo» afirma la excelencia del método intuitivo en oposición al experimental; concibe la intuición filosófica como una facultad anterior a la experiencia y superior a la formación natural de las hipótesis científicas. En su aplicación a la psicología se resuelve de hecho en una rehabilitación más o menos literaria de la introspección y los antiguos métodos especulativos.

Frente a la estrechez filosófica de ciertos experimentalistas y a la insegura especulación de ciertos intuicionistas, la psicología biológica adopta el método genético para estudiar la formación natural de las funciones psíquicas, asentándose en la más vasta experiencia para construir las hipótesis filosóficas menos inseguras. Su fórmula actual, frente a aquellas tendencias y métodos, sería: «ni Wundt ni Bergson».

La psicología ocupa un rango inferior al de la biología dentro de la filosofía científica; pero, a su vez, comprende a todas las clásicas disciplinas filosóficas y sociales. Su experiencia no puede cimentar una explicación total del universo, pero sirve de base a una interpretación general de la función de pensar en todos los seres que piensan. El concepto biológico y el método genético ofrecen a los analistas una orientación general, que hará más fructuosos sus esfuerzos, y a los sintetizadores una base de experiencia cada vez más amplia y segura; marchando con paso distinto por un mismo camino, unos y otros, concurrirán a encuadrar las funciones psíquicas dentro de una explicación unitaria de la naturaleza.